

EL COLMENERO ESPAÑOL

PERIÓDICO

dedicado exclusivamente al cultivo de las abejas

DIRIGIDO POR

D. ENRIQUE DE MERCADER-BELLOCH

| | | |
|--------|-------------------|---------|
| Año II | Diciembre de 1893 | Núm. 24 |
|--------|-------------------|---------|

SUMARIO. Á nuestros suscriptores.—Medios para averiguar el peso de las abejas.—Conferencia sobre la historia de la Apicultura.—La misión de la abeja.—Modo de evitar los enjambres secundarios.—Calendario del apicultor ó colmenero. Putrefacción de la cría ó pollo (continuación).—Miscelánea.—Precios corrientes.

Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Rogamos encarecidamente á nuestros apreciables suscriptores que no deseen continuar recibiendo el periódico para el próximo año de 1894, se sirvan avisárnoslo, pues su silencio será considerado como confirmación de su suscripción para dicho año.

MEDIOS PARA AVERIGUAR EL PESO

DE LAS ABEJAS

Cuando se quiere montar un colmenar y hasta cuando simplemente se trata de poblar una ó varias colmenas, una de las principales circunstancias consiste en saber el número de abejas que contiene el enjambre de que se dispone; ya que, según consejo de los principales autores de obras de apicultura y hasta en opinión de los que simplemente nos dedicamos á este interesante cultivo y que hemos estudiado prácticamente en el libro de la naturaleza, para obtener resultados satisfactorios en apicultura, lo primero es tener enjambres numerosos. He aquí por qué hemos escogido este tema para el presente artículo, á fin de dar á conocer á los principiantes qué se entiende por enjambre numeroso y los medios para cerciorarse del número de abejas que contiene.

Los que, como nosotros, por la experiencia de los muchos años

que llevamos dedicados al cultivo de las abejas, conocemos, á poca diferencia, el número de ellas que contiene un enjambre, sólo á la simple vista, para hacernos cargo de la importancia de éste no necesitamos apelar á otros medios; pero como no todos los aficionados se encuentran en nuestro caso y pudieran sufrir error en su apreciación que echara por tierra sus cálculos, creemos pertinente dar al propio tiempo algunos datos que pueden serles de grande utilidad. Ante todo debemos recomendarles eviten consultar acerca de ello á ningún apicultor de la escuela antigua ó fijista, pues acostumbrados éstos á sus pequeñas colmenas de 15 á 25 litros de capacidad, tienen por enjambres numerosísimos los que nosotros consideramos pequeños.

Para que mejor se comprenda la importancia que tiene el peso de un enjambre, diremos que el cultivo de las abejas por el sistema movilista puede dividirse en tres categorías: el pequeño, el mediano y el gran cultivo ó cultivo intensivo. Para el primero basta un enjambre compuesto de 30,000 abejas, y es el menos preconizado por nuestra escuela; el mediano ofrece ya mejores resultados y para él se necesitan enjambres de 60,000, y para el gran cultivo deben ser éstos de 120,000 abejas, máxima cantidad que puede producir una reina por prolífica que sea.

Dos medios existen para conocer exactamente el número de abejas con que cuenta un enjambre, y estos medios son los seguidos hasta el día en las compras y ventas, vendiéndose los enjambres en unas comarcas por la capacidad y en otras por el peso, siendo este último, á nuestro ver, el método más aproximado á la verdad y el más asequible á los principiantes. El primer medio está sujeto á variaciones, pues las abejas forman el grupo más ó menos apretado según los grados de calor á que se hallan, y por ende se necesita una gran práctica para apreciarlo y que requiere algunos años para llegar á adquirirla.

Admitido que por el peso es como se aproxima más á la verdad, pasemos á investigar la opinión de algunos de los más célebres apicultores.

El eminente apicultor francés el abate Collin, canónigo que fué de la catedral de Nancy, dice que 11,200 abejas en su estado natural pesan 1 kilogramo.

El célebre profesor de apicultura y Director de la *Revista internacional* de Suiza, opina que 19,000 abejas pesan 2 kilogramos.

El profesor Koons, del Colegio de Agricultura de Connecticut (Estados Unidos de América), ha publicado en el ilustrado periódico apícola de Mr. A. J. Root, titulado *Gleanings*, la manera de que se ha valido para asegurarse del peso exacto de las abejas.

Cogía á éstas en el momento que salían de la colmena, las asfixiaba por medio del cianuro de potasa é inmediatamente las pesaba en una balanza muy sensible, tanto, que permitía apreciar en ella un objeto de menos de un millonésimo de libra. De diez abejas procedentes de diez colmenas distintas, tanto italianas como cruzadas, la más pesada correspondía á 4,141 abejas por libra inglesa (de 453 $\frac{1}{2}$ gramos) y la más ligera tenía un peso correspondiente á 5,669 abejas por libra. El término medio de los diez pesos era de 4,832 abejas por libra, ó sea 10,652 por kilogramo.

Añadiendo á las observaciones y cálculos de tan conspicuos apicultores la experiencia propia adquirida por nosotros en los años que ejercemos el cultivo de las abejas, podemos adoptar como término medio el de 10,000 abejas por kilogramo.

El medio de pesarlas es muy sencillo; puede hacerse antes ó después de la instalación del enjambre en la colmena: si antes, pesando la caja que contenga el enjambre y descontando su peso del peso total; si después, teniendo pesada la colmena en la báscula y volviéndola á pesar una vez entrado en ella el enjambre.

E. DE MERCADER.

CONFERENCIA

SOBRE LA HISTORIA DE LA APICULTURA

Acompañado de una expresiva dedicatoria del autor para nuestro querido Director, hemos tenido el gusto de recibir un ejemplar de la notable y bella *Conferencia sobre la historia de la Apicultura*, dada en Namur (Bélgica) el 17 de septiembre último, por el

inteligente y renombrado apicultor M. Brunet, Presidente de la Sociedad «La Abeja» del Aube.

Desde el primer momento se hace interesante su lectura, no sólo por el hermoso estilo que en ella campea, sino también por los abundantes datos que expone con respecto á la historia de la Apicultura y que ilustra con notas, por cuyo motivo no hemos desperdiciado una sola línea de ella.

Después de un cumplido saludo á sus oyentes, se felicita por los progresos que ha hecho Bélgica en pocos años con respecto á la apicultura movilista, progresos que atribuye no sólo á los esfuerzos de la numerosa Sociedad Apícola de la Meuse, que cuenta más de 3,000 asociados, sino al apoyo moral del Gobierno y á las subvenciones que ha concedido para ayudar al bienestar de las numerosas clases agrícolas.

Luego empieza la verdadera conferencia entrando en la historia de la Apicultura desde los tiempos más antiguos, y recorre los libros sagrados desde el Génesis, citando párrafos que demuestran la importancia que á la miel se daba en aquellos remotos tiempos. Menciona lo que dijeron varios autores egipcios, griegos y romanos, en particular Homero, Aristóteles, Varrón, Virgilio y Columela, y hace notar, al propio tiempo que los errores en que incurrieron los antiguos, los adelantos que consiguieron en el cultivo de las abejas y el empleo que supieron dar á la miel y la cera.

Al llegar á la Edad Media «á esa época, dice, enigmática y agitada, mezcla inexplicable de virtudes y de crímenes, de caridad y de despiadados abusos de la fuerza», se lamenta del retroceso que sufrió la apicultura en muchos puntos cuando no desapareció completamente, por más que la colmena estuviera bajo la protección de la *Tregua de Dios*. En este punto encontramos un dato precioso, hasta hoy ignorado por nosotros y quizás por la mayoría de nuestros lectores, que nos ha llamado la atención por la importancia que reviste.

Dice M. Brunet:

«Para hallar de nuevo trazas escritas de un cultivo práctico y razonado es preciso descender hasta el año 1621.

»En dicha época, en Magallón, España, un apicultor verdaderamente digno de este hermoso nombre, Jaime Gil, publicó una

» obra titulada: *De las Abejas*, cuyas enseñanzas, llenas de ciencia
» y de sabiduría, se siguen aun hoy con éxito, particularmente en
» lo que se refiere á la enjambrazón artificial.»

Luego continúa su excursión histórica hasta nuestros días, enumerando los servicios prestados á la apicultura por tantos y tantos apicultores como han consagrado sus desvelos al mejoramiento del cultivo de las abejas, y consigna los esfuerzos de todos ellos para llegar sucesivamente á la perfección y á los conocimientos alcanzados hoy día. Habla de los diversos sistemas de colmena y de las numerosas pruebas practicadas hasta conseguir la moderna colmena á cuadros movibles, y termina con los siguientes párrafos, que creemos oportuno transcribir:

«Pero si la colmena á cuadros había llegado por fin á ser absolutamente práctica, no había aún entrado en el dominio público, es decir, en la generalidad de los cultivos apícolas.

» Las decepciones experimentadas por los apicultores en sus primeros ensayos de las colmenas Debeauvoys y de muchos otros, les habían vuelto desconfiados: ¡al entusiasmo de los primeros días había sucedido la desilusión!

» Y cuando los innovadores, después de perfeccionar sus modelos, quisieron propagarlos de nuevo, no fueron creídos.

» Tenían contra sí los hechos pasados, el precio *relativamente* elevado de las nuevas colmenas y, más que todo, *la malevolencia de ciertas gentes cuyo principal talento consiste en ganar dinero á expensas de los cándidos.*

» La lucha fué larga y encarnizada. Más de una vez, en ambos campos, los apicultores, imitando sus abejas, clavaron el aguijón, y el veneno de la injuria corrió, por desgracia, demasiado á menudo.

» Hoy, gracias á la persistencia y abnegación de los apicultores movilistas; gracias, sobre todo, á sus enseñanzas y á los resultados obtenidos, ha renacido la confianza.

» Los fijistas inteligentes han comprendido que era de sumo interés para ellos enmendar sus métodos, seguir el progreso.

» Poco á poco nace la concordia, desaparecen las polémicas acerbadas y, si se oyen aún algunas discordantes notas, estas seguras que sólo provienen, las más veces, de individuos á los cuales el progreso lesiona sus intereses.

» Para éstos, *caridad y olvido*: el tiempo hará lo demás.

» Veterano de la lucha para la propagación de la *apicultura movilista*, algunas veces he debido bajar al palenque y romper lanzas en su apoyo.

» Por ello, no sin profunda emoción y con indecible júbilo con-
» templo su triunfo en Bélgica y en Francia.»

¿Cuándo podremos decir en España otro tanto?

No concluiremos sin dar á M. Brunet las gracias más expresi-
vas por su atención, felicitándole al propio tiempo por su magní-
fico trabajo.

Una recomendación: Si alguno de nuestros apreciables lectores
tiene conocimiento de la obra del español Jaime Gil, mencionada
por M. Brunet, le agradeceremos nos lo comunique, pues estima-
ríamos mucho poder adquirirla ó cuando menos hojearla.

P.

LA MISIÓN DE LA ABEJA

Así en el mundo de los infinitamente grandes como en el de los
infinitamente pequeños, cada ser ocupa un puesto que le es debido
y cumple una misión que le es particular. No vemos la razón de
la existencia de todos los seres porque la mirada de nuestro espí-
ritu es en exceso miope y no puede abarcar el conjunto de la
Creación. Pero entre los seres que coadyuvan al bienestar de nues-
tra existencia, la abeja parece ocupar uno de los primeros puestos.
A ella y sólo á ella ha sido dicho por el Gran Ordenador que lo ha
revelado y hecho todo: « ¡Vé! Tuya es la tierra toda. En los vege-
» tales sin cuento que la cubren encierra tesoros inmensos que deben
» servir al regalo de la humanidad, y sólo tú podrás recogerlos y
» darlos al hombre. Para ello te daré toda la robustez de organiza-
» ción que necesitas.»

La Providencia ha cumplido su palabra, concediendo á la abeja
las dos grandes fuerzas, física y moral. Hale dado un instinto que
llega á las fronteras de la inteligencia y con ella á menudo se con-
funde; hale otorgado una potencia física que la pone sumamente
en relación con todos los agentes de la naturaleza melífera.

Por su parte, ved cuán fiel permanece al mandato recibido,
cuánto se esmerará en aprovechar sus sentidos y su inteligencia.
Cuando aun todo duerme en la naturaleza, ella ha pensado ya en

preparar cunas é invita á su madre á que le dé hermanas; su instinto parece haberle dicho que sólo puede por el número y que su vida será corta. Por eso ¡contemplad cuánto ama á sus hermanas! Así que la tierra, saliendo de su adormecimiento, abre las corolas de algunas flores, lánzase ella á la recolección, á menudo con peligro de su vida, dominada por el afán de ofrecer á sus queridas pequeñas las primicias de la estación primaveral. ¿Queréis, por un instante, ser testigos del poder de sus dos sentidos más perfectos, el del olfato y el de la vista? En una hermosa mañana de primavera id á sentaros cerca de una gran colmena movilista que cuente con numeroso enjambre. En cuanto el sol haya franqueado las barreras del horizonte, veréis á esas activas obreras lanzarse en los aires lo mismo que alados batallones; pero ¡admirable espectáculo que nos demuestra toda la sutileza de su olfato! en vez de aventurarse al acaso y exponerse á falsas maniobras, retrocederán, describirán un círculo, interrogarán la atmósfera y preguntarán á las embalsamadas brisas dónde se encuentran los grandes pastos. Pero ¡nueva y sublime disposición del Supremo Ordenador! para que nada se desperdicie en la naturaleza, los gustos de cada una serán tan diferentes como distintas son las flores que cubren la tierra. Mientras una irá á libar esa suave ambrosía, digna de ser servida en la mesa de los dioses, otra se encaminará á chupar un líquido menos sabroso, destinado á recrear un paladar menos delicado.

Mas seguidlas aún dentro sus ricos pastos, y allí os convenceréis todavía más de la potencia de su olfato. Todas las flores ostentan á la vista su frescura y sus brillantes colores; todas parecen decir: «Venid, abejas benditas; nuestros senos os están abiertos, vuestros son nuestros tesoros.» Y, sin embargo, caso singular, ellas visitan una flor y dejan la otra: ¿por qué esta diferencia? Es que su olfato les ha dicho: «aquí hay algo, deteneos y tomad; allí no hay nada, saludad y seguid».

Si queréis juzgar del poder de su vista, deteneos cerca del colmenar y observad. Terminó su carga, la cosecha es abundante, el tiempo apremia; elévanse en los aires, parten como un dardo y llegan encima de sus viviendas cual espesa nube de polvo; mas ¿cómo reconocer su habitación? Las colmenas son numerosas y

cualquiera equivocación cuesta la vida. Su penetrante mirada ha sabido reconocer su casa; descienden sin vacilar, se posan, dan la consigna, y pasan.

Pero penetremos en el interior de la colmena: allí va á desenvolverse á nuestra vista un fenómeno que sobrepuja la humana inteligencia. Allí se encuentran treinta ó cuarenta mil pequeños seres que, en las más profundas tinieblas y con ayuda de sus antenas, dice Hubert, van á edificar edificios que los más hábiles arquitectos no podrían construir en pleno día con las puntas de sus compases. Admirable poderío de la naturaleza que, con órganos ciegos, hace obras maestras de luz.

En la colmena encontramos además un perfecto modelo de gobierno popular. Es el pueblo gobernado por sí mismo. Allí no hay diferencia de personas: nada de pequeños, ni grandes, ni títulos nobiliarios. La madre quiere conservar su nombre de madre; la llaman reina, pero ella lo rechaza y no quiere ejercer funciones de tal. Allí no se oye resonar la voz de mando. Todas las obreras, por el maravilloso instinto que las domina, saben el trabajo que les incumbe. Unas preparan el caldo azucarado, que distribuyen á las larvas con minuciosidad admirable; otras se ocupan en la preparación de la colmena y en la edificación de los panales, mientras el grueso de la comunidad, lanzándose á las vastas llanuras melíferas, recoge ríos de néctar que se apresura á encerrar en sus grandes almacenes. Y á vosotras, vigilantes centinelas, ¿podré olvidaros? Vosotras sois las que estáis arma al brazo, las que defendéis los derechos de la ciudad. Vuestros enemigos os maldicen porque desenvaináis la espada, cual si un Estado no tuviera necesidad de asegurar su tranquilidad y mantener la paz.

Las abejas tienen una grande y noble misión; ¡enorgullezcámonos, pues, de cultivarlas y de contribuir con ellas al bienestar de la humanidad!

RUBENS.

(De *L'Apiculteur*.)

MODO DE EVITAR LOS ENJAMBRES

SECUNDARIOS

Nada hay, seguramente, que perturbe tanto al apicultor, y con más razón al principiante y al labrador con sus pocas colmenas, como los enjambres secundarios. Raro es que alguien los necesite; pero se presentan siempre para perjudicar, á menos que el apicultor impida su salida. Con colmenas de caja y los conocimientos de treinta años atrás, pocos podían hacer más que dejarles salir á voluntad, y cuando, á menudo, eran devueltos á la colmena, volvían á salir al día siguiente y aun en ocasiones el mismo día. Desde que las colmenas de cuadros movibles fueron de uso general, ha podido impedirse el inconveniente de estos enjambres secundarios; pero para hacerlo es preciso que se conozcan las causas de su salida y cuándo debe esperarse ésta. En la página 258 de las *Investigaciones*, correspondientes á abril, hallo estas palabras firmadas por Henry Alley: «Generalmente nace una reina al octavo día después de la »salida del primer enjambre, y en este mismo día sale el segundo »enjambre.»

El amigo Alley es uno de los más antiguos apicultores, que contaba algunos años de experiencia con las abejas aun antes que muchos de nosotros hubiésemos nacido; sin embargo, comete aquí un error ó los cajistas no le hicieron decir lo que quería significar. Tras de varios años de estudio acerca de este punto y de la más cuidadosa observación, puedo asegurar que si la colonia que enjambra está en estado normal, el huevo que ha de producir una reina se deposita en la celda de reina sin concluir de tres á tres y medio días antes de que se convierta en larva. Esta larva permanece tal de cinco y medio á seis días, después de cuyo tiempo cierran la celda que la contiene. Luego de cerrada la celda permanece siete días en forma de crisálida, dando un total de cerca de diez y seis días desde que el huevo fué depositado en la celda hasta que nace la reina, la cual en aquel momento es un insecto blanco y débil, á menos que las obreras la retengan en la celda aun después del tiempo en que podría salir, como saben todos los que han manejado reinas, y es tan incapaz de conducir fuera un enjambre como

de poner huevos; mas durante las cuarenta y ocho horas siguientes adquiere rápidamente fuerzas, y al tener de treinta á treinta y seis horas empieza á *graznar* ó *piar*, como se dice vulgarmente; á los dos días está en disposición de conducir fuera un enjambre si existen otras reinas rivales en sus celdas correspondientes. De lo dicho se deduce que un enjambre no sale el mismo día que nace una reina joven, sino dos días después. Esto, si no me equivoco, está de acuerdo con lo que dice Quinby en su *Explicación de los misterios de la Apicultura*, que he encontrado siempre casi del todo exacto en cuantos puntos trata.

Si alguno me contradice porque uso la frase «conducir fuera un enjambre», le contestaré que en el primer enjambre, ó enjambre primario, con la reina vieja, las abejas parecen ser las directoras del movimiento de enjambrazón; pero en los enjambres secundarios el caso es distinto, pues la joven reina es la primera ó de las primeras en abandonar la colmena. Cuando una colonia se halla en estado normal, ó sea cuando no está afectada de la fiebre de enjambrazón, el enjambre primario sale al cerrarse la primera celda de reina, á menos de retrasarse á causa del mal tiempo ó por otras circunstancias desfavorables. Al decir «cerrarse la primera celda de reina» entiendo por ello que si se cierra la celda á cualquier hora entre las ocho y las doce de la mañana, el enjambre saldrá de las doce á las tres de la tarde del mismo día; pero si se cierra desde las dos de la tarde á las ocho de la siguiente mañana, entonces el enjambre saldrá durante la mañana; de modo que en este último caso, que es el más común, la celda puede ser cerrada de una á diez y ocho horas antes que salga el enjambre.

Me he detenido en tales pormenores en esta materia á fin de que podamos saber con precisión cuándo debemos cortar las celdas de reina para impedir estos enjambres secundarios. Si, como se ha recomendado muchas veces, cortamos todas las celdas de reina menos una el quinto ó sexto día después de la salida del enjambre, no estaremos seguros de que la celda dejada esté fecundada y además las abejas tienen aún larvas suficientemente jóvenes para poder convertirlas en reinas, lo cual harán casi de seguro; y en este caso matan á menudo la reina que sale primero en vez de permitir á ésta destruir las celdas últimamente comenzadas: entonces no sólo se

producen tantos enjambres secundarios como resultaran si no hubiésemos cortado las celdas, sino que tenemos además la desventaja de que nazcan reinas salidas de larvas viejas que, según opinión de todos admitida, dan reinas inferiores.

Ahora bien; si esperamos hasta el octavo día para cortar estas celdas, no corremos el riesgo de que la colonia enjambre; en la colmena donde el primer enjambre no se haya retrasado por el mal tiempo, no habrá larvas suficientemente jóvenes para convertirlas en reinas; y, como regla, cuando haya nacido la primera reina joven podemos hacer una cosa infalible en la materia, y es asegurarnos de cortar todas las celdas de reina que haya en la colmena.

Por estas razones aguardo al presente hasta la mañana del octavo día después que ha salido el enjambre primario; llegado dicho día, abro la colmena, saco el primer cuadro y echo una rápida ojeada sobre él para cerciorarme de si hay celdas de reina próximas á la madurez; si no encuentro ninguna, sacudo la mayor parte de las abejas cerca de la entrada de la colmena, á cuyo interior corren, y examino cuidadosamente el cuadro por todos lados para convencerme de que no existen, porque si se dejaba una sola celda pequeña ó encorvada, de seguro resultaría enjambrazón. Todas las celdas que se encuentran deben cortarse después que se ha sacudido un cuadro para separar las abejas, porque la sacudida que reciben las jóvenes reinas en sus celdas es casi seguro que las matará ó les causará alguna deformidad.

Los siguientes cuadros se tratan del mismo modo, á menos que se hallen celdas maduras, en cuyo caso se dejan á un lado de la colmena, esperando el hallazgo de una celda de la cual haya salido una reina para cortarlas todas. Pero si no hubiese nacido ninguna, se deja la mejor de estas celdas de reina y se vuelve á introducir en la colmena.

Por este medio podemos dar como seguro que de aquella colmena no saldrá ningún enjambre, y es el único método cierto que conozco para evitar los enjambres secundarios.

G. M. DOOLITTLE.

(Traducido del inglés por J. CARSI Y CARSI.)

CALENDARIO DEL APICULTOR Ó COLMENERO

PUTREFACCIÓN DE LA CRÍA Ó POLLO

(Continuación)

Consecuentes en nuestro propósito de dar á conocer á los apreciables lectores de EL COLMENERO ESPAÑOL cuanto se publique en los periódicos extranjeros referente á la putrefacción de la cría, hemos creído oportuno traducir el siguiente artículo inserto en el *Gleanings*, periódico apícola de los Estados Unidos, cuya traducción debemos á la amabilidad de nuestro incansable colaborador señor Carsi.

Dice así:

Síntomas

Parte de la cría deja de nacer. Los opérculos están hundidos en algunos puntos y perforados en el centro. Abriendo cualquiera de estas celdas se halla una larva muerta caída sobre un lado de la celda, algo encogida y de color moreno, variando éste desde el claro al obscuro. En los últimos períodos el moreno es de color de café tostado, y en los primeros, de color de café muy diluído con leche. Pero todos estos síntomas pueden también ser el resultado del enfriamiento, del calentamiento ó de la extenuación de la cría. Para determinar si es realmente la putrefacción, introdúzcase un palillo mondadientes en la larva muerta y luego sáquese lentamente. Si la masa blanda se adhiere á la punta del palillo como si fuese saliva y el hilo fino que forma se rompe finalmente cuando se retira aquél, puede darse como seguro el caso de putrefacción de la cría. Esta tenacidad no se observa en todas las otras formas de cría muerta, con tal vez una sola excepción; pero en la de putrefacción aparece invariablemente. Hay otro síntoma, y es el olor, que aunque no exactamente de podrido, se parece mucho al de un cazo de cola de carpintero, y cuando la enfermedad se encuentra muy

adelantada, el olor se siente con sólo levantar la tapa de la colmena aun antes de sacar la cría. Si otras colmenas están afectadas de igual manera y la enfermedad parece desarrollarse, no hay duda de que se trata de la putrefacción de la cría.

Hemos hablado más arriba de una excepción: en ella las larvas muertas ostentan un color también moreno y tienen la misma tenacidad dicha; se trata de una especie de enfermedad que se cura por sí misma y es muy propensa á aparecer precisamente antes de la mielada en tiempo cálido. Se manifiesta de improviso y desaparece casi del mismo modo. No es la putrefacción de la cría, porque no se desarrolla, y por lo que podemos recordar de nuestro colmenar, falta el olor distintivo de aquélla. Desearíamos saber qué es.

Tratamiento y curación

Hemos probado todos los tratamientos con medicinas, ácidos y antisépticos: hemos seguido cuidadosamente cuanto acerca de los tales han publicado los periódicos apícolas; pero hasta el presente no aconsejaríamos á nadie que depositase mucha confianza en ellos. El tratamiento por el phenol es quizás el mejor; pero cuando la dosis es lo suficiente alta para matar los gérmenes del *Baccillus alvei* (nombre científico del microbio que origina la putrefacción de la cría), mata también las abejas, y aun luego hallamos que la enfermedad reaparece de un mes á seis semanas después de su uso. Parece producir una curación temporal; pero esto en el caso de la putrefacción de la cría no es de ningún modo curación. De hecho es al presente perjudicial, pues si se usa un tratamiento de más efecto, que á seguida explicaremos, se evita el peligro de infección. Mas, entendámonos; no pretendemos afirmar positivamente que el phenol no pueda emplearse para curar esta enfermedad; pero nuestra experiencia y observación nos convencen de que será mejor que la generalidad de los apicultores no lo use.

El método que preferimos

Convencidos de la presencia de la putrefacción de la cría ó teniendo la sospecha de que existe la enfermedad en alguna colonia,